

Apellidos, Nombre (del autor) (2008). "Texto" (del artículo), en Pérez Redondo, R.J.; García Manso, A. y Escribano Castellanos, M. (Coords.) *Sociedad, consumo y sostenibilidad*. Toledo: ACMS, pp. (de inicio y final del artículo).

VISIONES DEL 68. EL COMUNISMO OCCIDENTAL Y LA PRIMAVERA DE PRAGA

Trinidad Noguera Gracia

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: A cuarenta años de la Primavera de Praga y del Mayo francés de 1968, cabe reflexionar sobre dichos acontecimientos con la perspectiva que nos proporciona la evolución posterior de Occidente. Estas páginas examinarán algunos aspectos de aquellos acontecimientos, dejando abierta una serie de cuestiones para el debate.

La primera parte de la ponencia se ocupará de las similitudes y diferencias observables entre la Primavera de Praga y el Mayo francés de 1968, destacando la coincidencia de destino de ambas series de eventos, es decir, su peculiar carácter de *revoluciones frustradas*.

La segunda parte entrará a valorar las posiciones adoptadas por los partidos comunistas occidentales ante aquellos acontecimientos. Se hará hincapié en el conflicto simbólico e ideológico que supusieron para esos partidos los acontecimientos de 1968, obligándoles a *repensar* su vínculo con Moscú. En esa reflexión se hundan las raíces del eurocomunismo, pero también las de una crisis de identidad que acabaría afectando a toda la izquierda occidental.

Como sugiere el profesor Revelli (2007:143-228), en el contexto de la globalización la crisis de identidad de la izquierda se halla inserta en otras crisis más amplias: la que afecta a los cimientos de la distinción tradicional entre izquierda y derecha, que a su vez se inserta en una desorientación social generalizada. En 1968 aparecieron señales que apuntaban a la puesta en cuestión de la dicotomía izquierda-derecha, al tiempo que nuevos valores, inquietudes e identidades reclamaban su propio espacio político. Sólo décadas después se evidenciaría que en la *sociedad moderna líquida* (Bauman, 2006) las ubicaciones se vuelven complejas y fluidas, y los espacios políticos están marcados por una desconcertante mutabilidad.

1. PARÍS, PRAGA: LAS REVOLUCIONES FRUSTRADAS.

1.1 LAS SEMEJANZAS.

El observador del siglo XXI puede apreciar numerosas e interesantes similitudes entre el mayo francés y la primavera checoslovaca de 1968. La primera de ellas tiene que ver con el carácter emblemático de París y Praga, las ciudades-referente de estas dos series de eventos. Son ciudades brillantes, que ocultan con su resplandor otras realidades circundantes hasta eclipsarlas. Al hablar del Mayo parisino y la Primavera de Praga tomamos la parte por el todo, aunque en Francia no sólo se rebelaran los estudiantes de la Sorbona y el impulso inicial del reformismo checoslovaco viniera desde Bratislava.

De esta similitud se deriva otra: en ambos casos se trató de movimientos eminentemente urbanos. Los principales acontecimientos se desarrollaron en grandes núcleos de población y desde ahí se extendieron irregularmente al resto del territorio. El hecho mismo de que París y Praga se convirtieran en símbolos de aquellos procesos es prueba de la condición urbana de los mismos: las ciudades fueron el escaparate que dio visibilidad internacional a los hechos.

Una semejanza ulterior se deriva de esa visibilidad: el Mayo parisino y la Primavera de Praga han alcanzado el status de acontecimientos referenciales. En el caso francés, las revueltas se convirtieron en icono del *malheur* oculto que atormentaba a la presuntamente exitosa, feliz y ordenada sociedad burguesa. En el checoslovaco, el entusiasmo de la Primavera simbolizó la rebelión contra el poder omnímodo de Moscú sobre sus países aliados y la búsqueda de un camino propio. Como toda visión simbólica, esta interpretación de los hechos resulta reduccionista, y no da completa cuenta de la siempre polifacética realidad. El relato oficial y los ulteriores relatos interpretativos o revisionistas de aquellos acontecimientos dejan la sensación de que, más allá de los estereotipos, persiste una cierta aura mítica.

También en el plano de los actores existen paralelismos. Tanto en Francia como en Checoslovaquia los jóvenes desempeñaron un papel primordial. En el primer caso, la fase inicial del proceso estuvo protagonizada por figuras del colectivo estudiantil como Daniel Cohn-Bentit o Jacques Sauvageot. La imagen de Mayo del 68 en la memoria colectiva es la de un movimiento contestatario juvenil. En efecto, el impulso vino de la universidad, aunque después se incorporaran a él los obreros industriales.

En Checoslovaquia la iniciativa reformista también partió de una nueva generación de dirigentes (Noguera,2005:182-229). Entre sus principales sostenedores se encontraban los colectivos estudiantiles, y los escritores, cantantes, cineastas y otros artistas, en su mayoría jóvenes. Tanto en el impulso inicial de la Primavera como en la resistencia a la invasión del Pacto de Varsovia estos sectores de la población resultaron decisivos por su contribución a la movilización del resto de la ciudadanía.

Hay asimismo una coincidencia en los temas de los dos movimientos. En primer lugar, ambos representan una rebelión contra el poder establecido, contra un statu quo percibido como opresivo. El inconformismo es una de sus características. Existe una búsqueda de libertad y autonomía individual, una voluntad de romper con el conjunto de reglas impuestas por un *otro* autoritario, de dejar el camino expedito a la imaginación, la creatividad, la autoafirmación personal. Muestra de ello son los eslóganes del Mayo francés: *prohibido prohibir; debajo de los adoquines está la playa*. Y también en las obras de los cineastas de la *nueva ola* checoslovaca, de escritores como Kundera, Havel o Kohout y de filósofos como Patočka o Kosik.

En el terreno político práctico, el inconformismo se aprecia en los métodos empleados en las revueltas francesas (sentadas, manifestaciones, huelgas, violencia urbana), en el lenguaje y en las referencias ideológicas empleadas. En

Checoslovaquia, ejemplo de inconformismo era la propia voluntad de adoptar una vía nacional al socialismo, desafiando al *gran hermano* soviético.

La reflexión acerca de la racionalidad científico-técnica y sus consecuencias sobre el ser humano y el mundo es otro elemento que está presente – como mínimo – en la obra de los filósofos de referencia de ambos movimientos: Marcuse y Adorno en Francia, Patočka y Kosik en Checoslovaquia. En este sentido, Fernando Vallespín (2008) señala que *el desarrollo del proceso de racionalización moderna no ha acabado de satisfacer algunos de los atributos fundamentales de lo humano y su organización en sociedad. Y puede que los movimientos sesentayochistas fueran la primea manifestación explícita de este fracaso civilizatorio*. Según Vallespín, los activistas franceses fueron postmaterialistas sin saberlo. En efecto, en 1968 despuntan los que Inglehart (1991) denominó tiempo después *valores postmateriales*, base de nuevos movimientos sociales como el feminismo, el ecologismo y la lucha por los derechos de los homosexuales.

1.2 LAS DIFERENCIAS

Las diferencias entre ambos movimientos son asimismo notables. En primer lugar, difieren en el sujeto que encarna la autoridad rechazada. El Mayo francés se rebela contra el orden de la sociedad de consumo capitalista que cosifica al ser humano y reclama la puesta en valor de los elementos cualitativos del ser humano, más allá de la búsqueda del puro beneficio económico.

Por su parte, la Primavera de Praga se opone a la hegemonía soviética, percibida como una imposición extranjera, asfixiante y reificadora. Se propone como alternativa una vía nacional al socialismo, un socialismo con rostro humano superador de las contradicciones internas del capitalismo y del socialismo.

En segundo lugar, existe una diferencia en la dirección que sigue cada movimiento. En términos de poder, el Mayo francés transcurre en línea ascendente. La rebelión parte de los estudiantes, que en una segunda fase logran implicar a los obreros, obligando a los sindicatos y los partidos de izquierda a pronunciarse. Finalmente, la repentina conmoción alcanza a sacudir por unos días las estructuras del gaullismo.

En la Primavera de Praga, en cambio, el reformismo siguió una línea descendente. Aunque su germen estaba ya presente en la sociedad, que sentía difusamente la necesidad de cambio, fue la elite del partido comunista quien puso en marcha la transformación. La acción de la elite dirigente impulsó la extensión del proceso al resto de la sociedad, que contribuyó a su vez en una suerte de retroalimentación.

La elite checoslovaca tenía un plan definido, al margen de sus posibilidades reales de materialización. La plasmación del proyecto alternativo al estalinismo se encontraba en el Programa de Acción y en los planes de reforma económica de Ota Šik. Por el contrario, el Mayo francés se caracterizó por su aspecto poco articulado. No existía un proyecto homogéneo que contraponer a la sociedad de consumo

capitalista. Tampoco el liderazgo del movimiento estaba definido, más allá de figuras como Cohn-Bendit, que ejercieron el papel de interlocutores ante los medios de comunicación. El movimiento se enorgullecía precisamente de carecer de un líder con funciones directivas, elemento que contrasta con el claro liderazgo desempeñado por Dubček en la Primavera de Praga.

Por último, si bien tanto el Mayo francés como la Primavera checoslovaca presentan un aspecto de collage por la variedad de influencias que aglutinan, la identidad de esas influencias no coincide del todo. En ambos casos los referentes se encuadran en la mitad izquierda del eje tradicional izquierda-derecha. No obstante, si en el Programa de Acción se amalgaman el colectivismo autogestionario yugoslavo, el humanismo de tradición checa y el socialismo clásico, en el Mayo francés se mezclan marxismo, situacionismo y anarquismo, Marcuse, Adorno y Horkheimer, Freud, Mao y Trotski, además de una incipiente cultura urbana con influencias norteamericanas.

La cualidad de crisol de los movimientos de 1968 recuerda al observador del siglo XXI la peculiar condición de mezcla líquida propia del mundo globalizado. Y esta es una de las razones que explican la persistente y contradictoria fascinación que siguen ejerciendo sobre nosotros aquellos acontecimientos.

1.3 LA FRUSTRACIÓN Y LA IMPRONTA.

La aplicación del término *revolución* a los casos que nos ocupan no está exenta de polémica. Respecto al Mayo francés, los analistas conservadores sostienen que no se trató de una revolución, sino de la *pataleta* de los hijos aburridos de la burguesía próspera. Otros autores consideran que en cualquier caso no fue una revolución en sentido tradicional, al no estar entre sus prioridades la toma del poder, objetivo clásico de los movimientos revolucionarios: se habría tratado más bien de la expresión de una inquietud antes asfixiada por los imperativos y rutinas de la estructura socioeconómica.

Ahora bien, la falta de metas definidas del Mayo francés puede entenderse no como síntoma de inconsistencia, sino como consecuencia lógica del espíritu que lo inspiraba: el movimiento pretendía precisamente diversificar y *liberar* los objetivos sin circunscribirse a uno solo. Esta voluntad sí merecería el calificativo de *revolucionaria*, por incorporar una nueva *Weltanschauung*, un cambio radical de perspectiva más próximo a la fluidez del mundo globalizado que a los rígidos proyectos revolucionarios de los siglos XIX y XX.

En cuanto a la Primavera de Praga, el término *reformismo* resulta a primera vista más apropiado que el de *revolución*: Dubček y su equipo manifestaron repetidamente que no era su intención romper con el bloque oriental ni adoptar un sistema capitalista de mercado o una democracia pluralista; el Programa de Acción expresaba abiertamente su lealtad al ideal socialista. Ahora bien, justamente en esa voluntad de reformar lo que parecía irreformable – la economía centralizada, la burocracia estalinista, las estructuras del régimen – estriba el carácter revolucionario del

proceso. Se pretendía superar y mejorar, crear una tercera vía que vista desde el siglo XXI resulta tan utópica como seductora por su valentía. Porque, llevada a sus últimas consecuencias, la Primavera significaba una completa subversión del orden socialista, así como un reto intolerable a la URSS. Moscú y el resto del Pacto de Varsovia fueron más conscientes de ello que los propios dirigentes de Checoslovaquia.

Así pues, con todas las matizaciones que queramos hacer al término, cabe sostener que los dos movimientos tuvieron un contenido revolucionario. Bien es cierto que se trató de revoluciones frustradas. En Francia, la gran manifestación de apoyo a De Gaulle y su victoria electoral en junio de 1968 pusieron fin al proceso, y se volvió a la *normalidad* tras la efervescencia de mayo. En Checoslovaquia, la invasión del Pacto de Varsovia interrumpió abruptamente la Primavera, sentando las bases de un largo y frío invierno al que también se dio el nombre de *normalización*.

Ambas revoluciones dejaron huellas. El fin del experimento checoslovaco evidenció la vigencia del orden internacional de la guerra fría. En aquel momento se oficializó la llamada doctrina Brezhnev, el derecho de intervención de la URSS – formalmente, del Pacto de Varsovia – en otro Estado del bloque donde se detectara un desafío al orden socialista. Por supuesto, la última palabra en la definición de las amenazas contrarrevolucionarias y sus manifestaciones correspondía al Kremlin.

Además, 1968 dejó secuelas en la población checa y eslovaca. El resentimiento por la invasión, la desafección y la apatía ante la normalización se mantuvieron larvadas en la memoria colectiva, y se mostraron en cuanto fue posible desafiar al régimen con un mínimo de garantías, en 1989. Así, se aprecia una continuidad entre 1968 y 1989. En ambos momentos quedó patente un deseo de libertad y autonomía. Otra cosa es que la así llamada – de nuevo con polémica – Revolución de Terciopelo satisficiera o no aquellos anhelos.

La herencia del Mayo francés resulta también ambivalente. Más arriba hemos mencionado los incipientes valores postmaterialistas, la insistencia en la libertad y la creatividad del individuo frente a las imposiciones del poder, la puesta en cuestión del sistema capitalista y una muy contemporánea desorientación respecto a las alternativas disponibles. En la cara más oscura de esa herencia encontramos el florecimiento del terrorismo de izquierda radical, con exponentes como las Brigadas Rojas italianas o la Fracción del Ejército Rojo alemana.

Las revoluciones de 1968 presentan otro rasgo que nos resulta familiar en el siglo XXI: su carácter mediático. La presencia de los medios de comunicación dando cobertura a aquellas movilizaciones las pusieron ante los ojos del mundo, les dieron una inusitada visibilidad. Las imágenes de las revoluciones engulleron el relato y ocuparon la memoria del público. La asfixia del relato articulado bajo la fuerza de las imágenes que se suceden, borrándose unas a otras, es un dato que hoy nos parece descontado, pero que en 1968 constituía aún una novedad.

2. LOS PARTIDOS COMUNISTAS OCCIDENTALES Y EL RETO DE 1968.

Para los partidos comunistas occidentales, 1968 fue una grave quiebra en las certidumbres que venían fundamentando su acción y su discurso político. En 1956, la represión de la revolución húngara y las revelaciones de Khrushchev sobre los crímenes del estalinismo en el XX Congreso del PKUS habían planteado ya un desafío. Tuvo lugar entonces un intento de autoanálisis en los partidos comunistas occidentales; sin embargo, superado el impacto, mantuvieron sus vínculos con Moscú, con matices en el caso del PCI. Para comprender su actitud en 1968 es necesario tener presentes las implicaciones de dichos vínculos.

2.1. LA QUIEBRA DE 1968.

Desde 1917 la existencia de la URSS había demostrado al comunismo occidental que la sociedad sin clases no era una utopía. Constituía el horizonte ético y práctico, el bastión revolucionario y, una vez consolidado del sistema soviético, una importante fuente de financiación. Los comunistas occidentales necesitaban ese garante en su lucha contra el capitalismo. El ideal del paraíso soviético aglutinaba a las bases, homogeneizaba la identidad partidista y estimulaba la participación.

Allí donde los partidos comunistas habían sido expulsados hacia la ilegalidad y la resistencia frente a dictaduras de derecha, la potencia mundial soviética proporcionaba un irrenunciable sustento material, ideológico y moral. En momentos críticos como la guerra civil española, el apoyo de Moscú había sido clave para la supervivencia del movimiento. En la posguerra, la URSS era para los comunistas españoles la prueba material – *científica*, en términos marxistas – de que la revolución en Occidente estaba a la vuelta de la próxima esquina de la Historia, y de que la lucha no era inútil.

Discutir esta visión del mundo contenía un peligro difícilmente asumible para los partidos comunistas del Oeste: el de la pérdida de fe en su calidad de sujetos revolucionarios. La autocrítica iniciada con la desestalinización se llevó a cabo con precauciones, y la reconstrucción de la cohesión ideológica tuvo que pagar el precio de ciertos olvidos y contradicciones. Tras el trauma de 1956, 1968 amenazaba con enajenar la condición de vanguardia revolucionaria hasta entonces acaparada por el comunismo.

El Partido Comunista Francés (PCF) tuvo un comportamiento ambiguo en 1968. A principios de mayo reaccionó con desconfianza ante el movimiento estudiantil. El propio Georges Marchais desde *L'Humanité* intentó desvincular al PCF de las revueltas, que consideraba obra de elementos izquierdistas radicales con cuyas irresponsables acciones no debía ni mezclarse ni simpatizar la clase obrera.

Esa desconfianza del PCF revelaba a la vez temor e incomprensión. Temor a que unos jóvenes indisciplinados arrebataran al partido el protagonismo revolucionario que según él le correspondía legítimamente: para el PCF, eran un grupo de advenedizos cuya temeridad ponía en riesgo la lucha obrera. Incomprensión porque la ambigüedad de las propuestas del movimiento, el carácter difuso de su crítica al sistema y la inconcreción de sus objetivos contrastaba agudamente con los

planteamientos marxista-leninistas del PCF. El postmaterialismo del 68 resultaba ajeno a un partido construido sobre las certezas del materialismo dialéctico y el modelo soviético.

Sin embargo, cuando la revolución se extendió a las fábricas el PCF se vio obligado a matizar su rechazo. Pese a que el partido y su sindicato afin, la Confédération Générale du Travail (CGT) se opusieron a las huelgas, no pudieron ignorar el impacto de las mismas. Entonces optaron por redireccionar el movimiento, desplazar a los estudiantes y centrarse en la obtención de ventajas materiales susceptibles de ser rentabilizadas por el partido. Los Acuerdos de Grenelle entre el gobierno Pompidou y los sindicatos simbolizan ese cambio de posición. Aunque inicialmente rechazadas por los trabajadores de Renault de Boulogne-Billancourt, esas ventajas se implementaron posteriormente, lo cual fue un éxito sindical que el PCF no dudó en patrimonializar. La reticencia hacia el movimiento estudiantil no le impidió pues usar la puerta negociadora que las revueltas habían abierto en beneficio de sus intereses de partido.

En el caso de la Primavera de Praga la actitud inicial del comunismo occidental fue de matizada simpatía. El español Santiago Carrillo y parte del PCF mostraron buena disposición hacia el reformismo checoslovaco. Para el Partido Comunista Italiano (PCI), que con Palmiro Togliatti había iniciado a finales de los años cincuenta su *vía italiana al socialismo*, el reformismo checoslovaco era un soplo de aire fresco. El PCI se movía en un difícil juego de equilibrios, pugnando por construir su vía nacional sin romper con Moscú, en un proceso que guardaba ciertas similitudes con el del *socialismo con rostro humano*. De ahí la simpatía que la Primavera despertaba en los comunistas italianos, que se evidenció en contactos, intercambios de ideas y visitas a Checoslovaquia de dirigentes del PCI como Luigi Longo.

No obstante, ciertos sectores de la burocracia de los partidos comunistas occidentales advirtieron del peligro de que los acontecimientos en Checoslovaquia tuvieran un desenlace semejante al de Hungría en 1956, y de que un apoyo incondicional a la línea de Dubček afectara a las relaciones de esos partidos con Moscú. Consideraban conveniente pues mantenerse a la expectativa y observar las reacciones de la URSS: tal petición de prudencia revelaba el miedo a la pérdida del apoyo soviético.

La coherencia del comunismo occidental se puso a prueba el 21 de agosto, cuando las tropas del Pacto de Varsovia bajo dirección soviética invadieron Checoslovaquia. Los temores de los más pesimistas se veían así confirmados, y se reavivaba el trauma de la represión de la Revolución Húngara. El elemento de sorpresa quedaba en parte mitigado por aquel precedente, pero aún así la conmoción fue grande en el Oeste.

Ante la invasión, los comunistas occidentales se dividieron entre la desaprobación y el respaldo. Reaccionaron con desaprobación los partidos comunistas italiano, finés y francés. Respaldaron la invasión el partido portugués, el luxemburgués y una parte del partido comunista griego (KKE). El caso de este

último es significativo, puesto que el debate interno sobre la postura a adoptar ante la invasión ocasionó una escisión entre conservadores (reacios a condenar la invasión) y críticos (que reproban la intervención armada y cuestionaban la doctrina Brezhnev con todas sus implicaciones).

La posición del sector oficialista del KKE, como la de los comunistas portugueses, cobra mayor sentido a la luz de la situación política de sus respectivos países. En ambos casos los partidos sufrían la represión de regímenes autoritarios de derecha, circunstancia que, como se adelantó más arriba, convertía en crucial el mantenimiento de la alianza con la URSS, y hacía más temibles las consecuencias ideológicas y materiales de un posible distanciamiento del principal garante externo.

También en España la disyuntiva entre apoyar y rechazar la invasión era compleja. Si bien la línea oficial del PCE decidió rechazar la intervención, en el Partido Comunista de Cataluña las bases se rebelaron contra ese rechazo. Como señala Giaime Pala (2007:301-312), para los militantes cuestionar una decisión de la URSS suponía resquebrajar el mito soviético fundado sobre el dogma de la infalibilidad rusa. La alternativa a ese mito eran el vacío y la pérdida de sentido, que hacían insostenible la lucha obrera.

El PCE y el sector crítico del KKE, al alejarse de la ortodoxia, se aproximaron a la postura del PCI. La heterodoxia italiana quedó patente en la Conferencia de Partidos Comunistas de 1969 en Moscú, donde Berlinguer condenó la invasión de Checoslovaquia, señalando que la doctrina de la soberanía limitada despreciaba la libertad individual y la democracia socialista, y contradecía el ideal marxista.

En cuanto al PCF, si bien en el momento de la invasión el partido manifestó su desacuerdo, no llegó a la condena decidida del PCI, ambigüedad que le costó el alejamiento de los militantes partidarios de una actitud más comprometida. Esta indecisión se añadía a las contradicciones mostradas por el partido durante el Mayo francés, perjudicando la imagen del PCF ante la opinión pública y ante un sector de la intelectualidad progresista francesa. Máxime cuando, pese a la invasión, el partido mantuvo su vinculación con la URSS.

Precisamente debido a su proximidad a Moscú, la reputación del PCF se deterioró aún más cuando en 1974 se publicó *El archipiélago Gulag* de Alexander Solzhenitsyn, que en Francia supuso un auténtico revulsivo. Los distintos golpes acusados por el partido de 1968 en adelante impulsaron un cambio de línea en 1976, año en el que la dirección del PCF decidió abandonar las referencias al modelo soviético y a la dictadura del proletariado y abrazar la tendencia eurocomunista. En este camino se encontraría con el PCI y con otros partidos comunistas europeos.

2.2. EL EUROCOMUNISMO.

Podemos definir el eurocomunismo como el intento de los partidos comunistas occidentales de emprender una vía al socialismo no subordinada a la tutela de Moscú. Se trató de una búsqueda de autonomía a través del dialogo y la colaboración entre los comunistas europeos, asumiendo las condiciones propias de sus países de origen

y del entorno occidental en general. El eurocomunismo no descartaba participar en los gobiernos de las democracias occidentales, acogiendo a los procedimientos formales de éstas. Su meta no era subvertir revolucionariamente el orden establecido, sino actuar desde el interior del propio sistema creando las condiciones sociales y económicas para la maduración y futura implantación del socialismo.

La corriente se fundó oficialmente en 1977, durante un encuentro que reunió en Madrid a Enrico Berlinguer (PCI), Georges Marchais (PCF) y Santiago Carrillo (PCE). El objetivo básico de lo que ellos llamaron *nueva vía* era la modernización del comunismo occidental y su adaptación a los retos de un mundo que avanzaba de hecho hacia la postmodernidad. Entre esos retos se encontraba la ampliación de las bases de los partidos hacia los trabajadores y empleados públicos de clase media, la incorporación de las demandas procedentes de los nuevos movimientos sociales y la adaptación al contexto internacional de la distensión entre bloques, que reducía las posibilidades de estallido de un nuevo conflicto a escala mundial.

Un elemento clave de la corriente fue su posición cada vez más crítica con las condiciones de vida en los países del bloque oriental. Se había producido un *desencantamiento* entre los comunistas occidentales que alcanzaba a sectores cada vez más amplios de la militancia. La imagen de *paraíso comunista* se había resquebrajado: eran cada vez menos los que ponían en duda las noticias sobre el estancamiento, la falta de libertades y la represión de la oposición en los países del Este. El abrupto final de la Primavera de Praga jugó un papel primordial en ese *desencantamiento*, así como en el debate interno del que surgió el eurocomunismo.

Si bien la corriente nació por iniciativa de algunos partidos del Sur de Europa, después se extendió hacia otras latitudes. Se le unió primero la facción disidente del KKE; también el partido comunista austríaco y el de los Países Bajos mostraron tendencias eurocomunistas. Fuera de Europa, su influencia alcanzó a los partidos comunistas japonés, mexicano y australiano, y a la izquierda venezolana.

A pesar de los éxitos recabados en la década de 1970 – con ejemplos como el *compromesso storico* del PCI y el papel del PCE en la transición española –, el eurocomunismo se agotó sin haber alcanzado sus objetivos de profundización de la democracia social. En España e Italia, por distintas razones, los comunistas no lograron cuotas de poder suficientes para impulsar la transformación del sistema. En Francia durante la década de 1980 el PCF se realineó con la URSS, distanciándose del eurocomunismo. Los otros partidos de tendencia eurocomunista tenían escasa implantación social, así pues su capacidad de acción fue aún menor.

El eurocomunismo suscitó numerosas críticas. Desde la derecha, fue acusado de timidez por no desvincularse tajantemente de Moscú, pese a las declaraciones formales de autonomía organizativa e ideológica. En Italia, por ejemplo, tal ruptura no se produjo hasta 1981; en Francia, como hemos señalado más arriba, la década de 1980 estuvo marcada por el realineamiento con la URSS. En cuanto a España, el PCE adoptó una línea decididamente eurocomunista y a principios de los años ochenta renunció al marxismo-leninismo, pasando a definirse simplemente como marxista. Esto provocó la disconformidad de las corrientes filosoviéticas, que se

escindieron del PCE para constituir el Partido Comunista de los Pueblos de España. No obstante, el estigma del *miedo al rojo* y de la sombra de Moscú siguió pesando sobre el PCE, lo cual contribuyó a que el electorado de izquierdas se inclinara hacia posiciones más moderadas.

Desde la perspectiva de la izquierda más radical, en cambio, los planteamientos eurocomunistas parecían una aproximación a la socialdemocracia. Se acusaba al eurocomunismo de renunciar al potencial revolucionario en aras del aumento del atractivo electoral y de una pretendida modernización, lo cual redundaba en la pérdida de consistencia ideológica. La renuncia al modelo soviético era considerada un factor clave en el *ablandamiento* del núcleo duro del comunismo, si bien no el único. En su intento de configurarse como corriente ideológica con entidad propia, el eurocomunismo aspiraba a englobar muchas de las nuevas sensibilidades que ganaron vigor desde 1968. Las corrientes más ortodoxas sostenían que una desmedida diversidad interna podía provocar la desorientación de al menos parte de la militancia.

El recorrido del eurocomunismo se vio truncado por los acontecimientos de 1989. La caída del muro de Berlín simbolizó el derrumbe del llamado socialismo real; con él cayeron las visiones del mundo que se apoyaban en el orden internacional de la guerra fría. El hundimiento del bloque del Este y la disolución de la URSS fueron los hitos finales del *desencantamiento* del comunismo occidental. La crisis de identidad que venía gestándose desde 1968 se transformó en un dato de hecho en la década de 1990, al quedar al descubierto las contradicciones internas del modelo soviético.

Se planteó entonces abiertamente la disyuntiva siguiente: ¿el fracaso del socialismo real era fruto sólo de la vía escogida para la materialización de los principios marxistas, o era el propio ideal comprendido en ellos el que resultaba inalcanzable? ¿El problema estaba únicamente en la forma, o afectaba a la esencia misma del socialismo? (Cotarelo,2006;Blackman,2007). El comunismo occidental entró en una crisis profunda. Desaparecida la URSS, el esqueleto que le había aportado consistencia y coherencia interna durante setenta años mostraba un cuadro de osteoporosis aguda, tras haber sufrido una progresiva descalcificación y varias graves roturas a lo largo del siglo XX; entre ellas, las de 1968. El intento de *aggiornamento* eurocomunista se vio superado por la aceleración de la Historia que, tomando impulso en 1989, presidió el paso del mundo bipolar al mundo globalizado.

2.3. DE 1968 A LA SOCIEDAD LÍQUIDA: CONTINUIDAD Y DISCONTINUIDAD.

La *sociedad moderna líquida* (Bauman,2006:9) es la forma de sociedad propia del mundo globalizado. En ella los grandes relatos heredados de la Ilustración son sustituidos por visiones parciales y cambiantes, por un *pensiero debole* (Vattimo,1998). En la era de la postmodernidad globalizada las construcciones filosóficas omnicomprendivas resultan disonantes (Lyotard,1984; Vattimo,1986;

Beck,1998^a, 1998b; Beck, Lash, Giddens,1994). Una de esas construcciones filosóficas que entran en crisis a finales del siglo XX es el socialismo.

Tras el desplome de la URSS, la sólida *Weltanschauung* marxista parece haber perdido todo anclaje en la realidad; quedaría demostrada, como mínimo, la inadecuación de ese metarrelato para describir e interpretar la realidad contemporánea. La desesperada carrera de los antiguos países de la órbita soviética por reincorporarse al Occidente próspero, adaptándose a toda velocidad a los requerimientos políticos y económicos del capitalismo postindustrial, se esgrime como prueba incontrovertible de que el viejo ideal de la sociedad sin clases se ha convertido en un deshecho irreciclable, destinado al vertedero de la Historia.

Del giro de 1989 surgen, triunfantes, las argumentaciones sobre el fin de la Historia y de las ideologías (Fukuyama,1992). Ese planteamiento incorpora un componente que es en sí mismo ideológico, al justificar la presunta irrevocabilidad del predominio neoliberal, en contra de toda visión alternativa (que es reducida al absurdo y acusada de irreal y trasnochada).

No obstante y con las pertinentes discrepancias ideológicas y filosóficas, existen puntos de contacto entre la reflexión sobre el fin de las ideologías y la de autores como Giddens, Beck o Bauman. Estos últimos sostienen que, efectivamente, las sólidas identidades decimonónicas y los espacios políticos bien delimitados han agotado su potencial explicativo y su fuerza movilizadora. Sus rigideces internas no se adaptan bien a la fluidez de los intercambios, a la diversificación e intangibilidad de los riesgos, al acortamiento del tiempo y la relativización de la distancia, y a la consecuente indefinición de los lugares mentales. No encajan en el mundo globalizado, en definitiva.

Más arriba hemos indicado que a partir de 1989 el socialismo se ve duramente afectado por este síndrome. Los partidos comunistas occidentales entran en una etapa de autorreflexión, renuncian mayoritariamente a llamarse a sí mismos *comunistas*, pierden militantes, su atractivo electoral disminuye y proliferan las escisiones, las deserciones y las disoluciones. Son acusados simultáneamente de no haber sabido adaptarse a los tiempos y de haber perdido su identidad. Acusación esta última un tanto chocante en un tiempo que se caracteriza por la disolución de las identidades, pero que por eso mismo está ansioso de construir otras nuevas, por débiles e inestables que resulten.

Ahora bien, la caída del muro de Berlín conmueve a toda la izquierda. La reacción más general de los partidos ha consistido en tratar de conciliar las políticas sociales con los imperativos de la economía neoliberal dominante para frenar el retroceso del Estado de Bienestar, viéndose obligados a actuar a menudo reactivamente ante cuestiones patrimonializadas y explotadas electoralmente por la derecha, como la inmigración. Al mismo tiempo, la derecha no ha podido evitar entrar en temas tradicionalmente acaparados por los partidos de izquierda – como la igualdad entre géneros – cuya creciente relevancia para los votantes ha impuesto la necesidad de incluirlos, con el lógico sesgo conservador, en el discurso y los

programas de los partidos conservadores. De este modo, izquierda y derecha se han ido aproximando en su competición por acaparar el centro político.

La tendencia no es nueva, y los ciudadanos más escépticos suelen dar cuenta de ella diciendo que *todos los políticos son iguales*: la política aparece como un espacio poco brillante, presidido por la retórica hueca, la mediocridad y la persecución de intereses ajenos al bien común. Desde este ángulo, no es sólo la izquierda la que parece estar en crisis, sino también la derecha. Termina poniéndose en cuestión así la operatividad del eje tradicional izquierda-derecha en el que venía ubicándose la confrontación política durante la era moderna. No obstante, cabe preguntarse si esa poco atractiva indefinición se circunscribe a los partidos y a los políticos que nos representan, sean de izquierda o de derecha, o si afecta en realidad al conjunto de la sociedad y a sus condiciones de funcionamiento en el marco de la globalización. Si, como señala Marco Revelli (2007:XVIII), la desubicación no es un mal propio de las sociedades contemporáneas.

¿Guardan relación los movimientos de 1968 con la realidad actual que acabamos de describir? Aparentemente, no mucha. Y sin embargo, a continuación veremos que algunos de los rasgos señalados como propios del siglo XXI estaban ya presentes o en proceso de gestación en 1968.

El Mayo francés fue una puesta en cuestión de lo dado, la expresión de un malestar cuya falta de concreción hacía tan difícil definirlo como proponer alternativas claras y unívocas para contrarrestarlo. El movimiento optó así por hacer suya la ambigüedad. Las consignas del momento estaban plagadas de metáforas, y como sabemos, las metáforas permiten un amplio abanico interpretativo. Una de esas metáforas era la reivindicación de la libertad. Había que liberar la creatividad, la imaginación, la emotividad, el cuerpo, la sexualidad, las estructuras sociales. La bestia negra era el poder generador de frustraciones. Todas las formas de autoridad eran discutidas y tachadas de represoras. Nada estaba a salvo del impulso crítico liberador; todo lo dado debía ser objeto de sospecha. En cualquier lugar – la familia, la escuela, las relaciones de pareja, el trabajo, el sistema político – podía descubrirse de un día para otro una fuente oculta de represión.

La indefinición, la insatisfacción y la perpetua sospecha son también cualidades propias del mundo globalizado. Así, al menos en algunas de sus manifestaciones, el Mayo francés sigue estando de actualidad. El malestar que lo caracterizó nos invade aún hoy, y tenemos tan pocas propuestas de solución ahora como entonces, o quizás menos. Porque, dada la capacidad del sistema para fagocitar los desafíos subversivos que se le plantean, los europeos actuales consideramos mayoritariamente que salir a la calle a tirar adoquines a los guardias es una forma de protesta pueril, incivilizada... e inútil.

¿Y la Primavera de Praga? La recordamos como el valiente gesto de la hormiga que pretende sobreponerse a la fuerza del elefante. El elefante soviético no estaba dispuesto a tolerar desafíos, y aplastó a la hormiga. El reto de ésta puede parecer desde nuestra perspectiva infantil y abocado al fracaso, a pesar de reconocer que estaba lleno de coraje y buena voluntad. Ahora bien, la Primavera checoslovaca fue

una señal de que el modelo soviético había dejado de seducir a las poblaciones que vivían en él. Vista en la distancia, la invasión del Pacto de Varsovia aparece como el pisotón del gigante que se empeña en demostrar su fuerza precisamente porque teme tener los pies de barro.

El intento de los reformistas checos y eslovacos de constituir una tercera vía entre capitalismo y socialismo también nos resulta utópico, imposible. Nos sorprendemos de que pretendieran reformar lo que *nosotros* consideramos irreformable justamente porque *sabemos* que la reforma nunca llegó a cuajar, y que cuando volvió a intentarse, durante la Perestroika, el sistema al completo se desmoronó. No obstante, ¿qué ocurre si comparamos esa frustrada tercera vía con la Tercera Vía del laborismo británico? El resultado es poco alentador. La opción de Tony Blair queda deslucida frente al brillo que desprende la memoria de aquella revolución abortada. El contraste es fruto no tanto de la importancia de los objetivos logrados por la Primavera de Praga, que fueron bien magros dado lo abrupto de su final, sino más bien de una impresión subjetiva. El proyecto de 1968 estaba impulsado por la ilusión de un porvenir abierto a la libertad. El laborista parece en cambio una voluntariosa reacción a los desafíos de la globalización incipiente y de la ola neoliberal que había empezado a desmontar los logros del Estado de Bienestar: trata más de salvar las naves que de navegar con las velas llenas de esperanza hacia un futuro prometedor.

¿Qué queda pues de la Primavera de Praga en nuestra *sociedad líquida*? Probablemente, la constatación de una ausencia. La de las grandes ilusiones colectivas.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUMAN, Z. (2006). Vida líquida. Barcelona: Paidós.
- BECK, U., Lash, S., GIDDENS, A (1994). Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno. Madrid: Alianza
- BECK, U. (1998ª). La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad. Barcelona: Paidós.
- BECK, U. (1998b). ¿Qué es la globalización?. Barcelona: Paidós.
- BLACKMAN, A. Et al. (2007) Un socialismo para el siglo XXI. Barcelona: Editorial Hacer.
- COTARELO, R. (2006). A la sombra de la ruina, en Cotarelo, R: La izquierda del siglo XXI. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- FUKUYAMA, F. (1992). The End of History and the Last Man. New York: The Free Press.
- INGLEHART, R (1991). El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas. Madrid: CIS.
- LYOTARD, J.F. (1984). La condición postmoderna. Informe sobre el saber. Madrid: Cátedra

- NOGUERA, T. (2005). De la consolidación a la reforma del comunismo checoslovaco y La Primavera de Praga. El futuro reformista, en Noguera, T.: La idea checa de nación a lo largo del siglo XX: democracia, comunismo y postcomunismo (tesis doctoral). Madrid: Universidad Complutense.
- PALA, G. (2007). El PSUC y la crisis de Checoslovaquia, en Bueno, M., Hinojosa, J., García, C. (Coords.): Historia del PCE: I Congreso, 1920-1977, vol. 2. Madrid: Fundación de Investigaciones Marxistas
- REVELLI, M. (2007). Sinistra destra. L'identità amarrata. Roma-Bari: Gius. Laterza & Figli Spa.
- VALLESPÍN, F. (2008). De la rebelión al consumo. Foreign Policy (edición española), 26, abril/mayo; <http://www.fp-es.org/de-la-rebelión-al-consumo>
- VATTIMO, G. (1986). El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura postmoderna. Barcelona: Gedisa.
- VATTIMO, G. (1998). Il pensiero debole. Milano: Feltrinelli.